

Glosas a la vida. Darwin y Silvela.

2-103 1
2-32

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 28 diciembre 1903).

GLOSAS Á LA VIDA

DARWIN Y SILVELA

Al contestar D. Francisco Silvela á su aliado político D. Antonio Maura en el acto de la recepción de éste en la Real Academia Española de la Lengua, ha dicho que atraviesa nuestro pueblo un período de cansancio ó sufre una **depresión nerviosa que le inclina á no desear coloquio ni conversación con nadie. Ha llamado á estos días que corremos días de color apagado y de tonos grises y ha excitado á honrar y agradecer los esfuerzos de los grandes oradores políticos que esperan despertar con sus acentos las actividades y las energías adormecidas de España...**

¡Y alto aquí! Yo no sé que estén adormecidas las energías que estallaron no ha mucho en Bilbao, en Santander y en otros puntos. A lo sumo se hará menester encauzarlas, pero no despertarlas.

No, no están adormecidas las energías del pueblo español, ni son de tan apagado color los días que corremos, ya que de cuando en cuando se enrojecen. Lo que hay es que los grandes oradores políticos hablan un lenguaje que no comprende el pueblo, y éste habla otro que aquéllos no quieren comprender. Lo que hay es que los gestores de los negocios públicos se empeñan en negar la existencia del problema que más agita á la parte consciente del pueblo español, y lo niegan no tanto por ignorancia cuanto por temor de abordarlo. Niéganlo en el fondo los que hablan más de él.

Me aseguran que de la edición popular que se ha hecho hace poco del libro «Origen del hombre», de Carlos Darwin—traducido al castellano,—van vendidos ya más de 18.000 ejemplares, y el hecho de que alcance tal éxito una obra que no es ciertamente muy divertida ni provoca escándalo ni excita bajas pasiones, debe ser una señal para juzgar de los días que corremos.

Eso quiere decir que hay en España muchedumbre de gentes que desean ilustrarse respecto á su origen. No es que los 18.000 compradores del libro de Darwin participen de las doctrinas de éste, no; muchos de ellos, tal vez los más, las rechazarán; pero eso quiere decir que no tienen respecto á su propio origen aquella cándida y confiada seguridad en tal ó cual doctrina, que hace á las gentes no interesarse ni poco ni mucho en las opiniones que la contradigan.

Los más de los españoles capaces de dar cuenta de sí y que se preocupan del destino de nuestro pueblo, no tienen concepción ni sentimiento algunos arraigados y firmes respecto al origen, al fin y al destino del hombre y al sentido que á la vida debe darse. Viven en un estado de íntimo desasosiego, aun sin saberlo



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

muchos de ellos, y si se encogen de hombros ante las predicaciones perdidas en el desierto, según el Sr. Silvela, de nuestros caudillos políticos, es porque esas predicaciones apenas si se rozan con las ocultas inquietudes que les burgan los entresijos del espíritu.

No es de desmayo del ánimo popular de lo que más se padece en España en estos días que ven algunos de color apagado y de tonos grises; el apagamiento de color y la grisura de tono está en el cristal á través del cual se ven las cosas, está tal vez en los ojos mismos que miran.

Envuelve y abruma á las clases llamadas directoras un ambiente de medrosidad y de fingimiento; no se atreven sus miembros á publicar á todo aire y toda luz los sentimientos que abrigan y de que no se recatan en privado muchos de ellos. Por razones políticas se finge profesar doctrinas en que no se cree, y que arraigan mucho más hondo que la política toda, y hay quienes por un mal entendido espíritu conservador se empeñan por conservar para domeñar á otros, principios á que no se domeñan ya, en el fuero interno, sus propios corazones. Y en tanto el pueblo se encuentra como rebaño sin pastor.

Con sólo que empezase á resquebrajarse la acarambanada costra de mentira que agrotta á nuestro espíritu nacional en las más de sus manifestaciones públicas, estaríamos camino de la redención espiritual de España y podría ésta acaso cristianizarse más por entero. Hoy se da en nuestra patria espectáculo análogo al que daba Roma en la agonía del paganismo, cuando los grandes retóricos de mente estoica ó platónica, cuando no escéptica, quemaban incienso de pomposas frases ante las aras de unos dioses que no eran para ellos sino ídolos de contención para el pueblo ó poéticos recuerdos de una mitología muerta.

Si cada uno de nosotros desentrañase al mundo su corazón, derramara su verdad siempre y no encadenase á razones «políticas» la santa libertad de su conciencia, pronto dejaríamos de ver de color apagado y de tono gris los días en que vivimos y pronto abriría el pueblo sus oídos primero y sus pechos después á nuestras palabras de liberación. Y entonces, al enterarse de tanto secreto á voces como hoy le recatamos, sacudiría la siesta en que al són de la vieja cantinela se le amodorró y buscaría por sí mismo nueva lumbre y nuevo aire en las entrañas mismas de una tradición de que sólo se le da, para que en él se emboce el alma, el pellejo seco y apergaminado.

Hay un dicho abrumador y henchido hasta los bordes de veneno, una frase que gotea gangrena espiritual, y esta frase es la de «Hay que cubrir las apariencias». Su sentido emponzoña la vida de muchos españoles, y cuando la vida se les derrite y acaba, ese mismo sentido les ensucia y les envilece para siempre la muerte. Viven en mentira y mueren como vivieron, vilmente, en mentira también. Se dice que sobre tal mentira se cimenta la paz del hogar—¡mentira también!—y tal es la grisura que ensombrece los días que vivimos.

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S